

faccion y que ofenden á todos los sentidos á la vez? ¿ Por qué , en el interior de las habitaciones , esa repugnante negligencia? Aquí, ropas que se echan á perder; allí, objetos húmedos ó empolvados; mas léjos vestidos impregnados de sudor, á cuya limpieza no se ha atendido; en otra parte aguas de jabon corrompidas , ó montones de frutos ó desperdicios que despiden emanaciones insalubres. Declarad la guerra á semejantes hábitos. Recomendad á los padres tan útiles reformas en nombre de la salud de sus hijos : estos llegarán á ser hombres á su vez y pondrán en práctica vuestras lecciones.

Pero sobre lo que habeis de ejercer principalmente vuestra influencia es en favor de las sanas doctrinas. Sin dogmatizar, sin convertirlos en predicador , por medio solamente de sencillas conversaciones, podeis hacer un bien infinito á los hombres con quienes vivais.

Mientras hay quien trabaja por disgustarlos de su modesta existencia, vos debeis empeñaros en que la quieran mas y en que la consideren estimable. Les hablaréis con efusion de los beneficios que Dios ha dispensado á una vida exenta de bullicio y rodeada de inocencia , y os lamentaréis, aunque sin vituperarlas, de esas ilusiones que, reconociendo su origen en esperanzas llenas de ambicion, arrastran á los vecinos de las aldeas á establecerse en las ciudades, y á los habitantes de las provincias á la córte. Sin negar los raros y brillantes resultados que han conseguido algunos, preguntadles si es prudente arrojarse á la ventura sobre un mar que se distingue por su infinito número de naufragios. Habladles del trabajo como una cosa santa á los ojos de Dios y honrosa á los de los hombres; mostrádsese tal y como es; quiero decir , como manantial de la riqueza, salvaguardia de la salud , garantía segura de la dicha.

Anatolio ! existe en la hermosa ciudad de Nimes un hombre á quien el cielo ha dado un extraordinario talento para la poesía francesa ; cuyos versos la Europa entera

sabe de memoria. Este hombre es panadero, y su oficio no es obstáculo para que posea conocimientos y le adornen modales distinguidos. En qué diréis que consiste su manera de vivir? Escuchad. Muy léjos de renegar de su modesta posición, de ir recogiendo aplausos por los salones, de correr en París tras los honores y la fortuna, trabaja como un obrero y fabrica pan; educa y mantiene á su familia con el sudor de su frente, en el trabajo y para el trabajo, y no pide otra cosa á su talento y á sus libros que el que vengan á divertir sus pocas horas de ocio.

Sed ganoso de citar ejemplos semejantes, y así contribuiréis á calmar esa fiebre de ambición y goces que produce hoy tantas víctimas.

Aun nuestro siglo está atacado por otro mal no ménos funesto: hablo del odio á las superioridades, cualquiera que sean. Llamad la atención de los hombres con quienes viváis sobre el respeto de que es digna toda superioridad, y, por lo tanto, llamadla sobre el culto que merecen los deberes á los que se preocupen excesivamente por sus derechos: este es uno de los grandes servicios que la sociedad espera de vos.

Este respeto, en un país que goza como el nuestro todos los beneficios de la libertad, honra tanto más á quien acierta á profesarle, cuanto que es el resultado de una voluntad ilustrada, y que no hay fuerza material para imponerle. ¿Qué demencia puede haber más execrable que la de profesar aversión á un hombre, sólo por el mero hecho de hallarse revestido de una autoridad cualquiera ó de poseer algunos bienes de fortuna! Combatid, Anatolio, esta locura, ménos por lecciones expresas, que por sabias reflexiones y por advertencias indirectas.

Gracias á vos, se comprenderá que los ciudadanos deben corresponder por medio de una ilustrada sumisión á la solicitud de sus magistrados y de sus jefes, y los odios, hijos de la envidia y de la mezquindéz de corazón, harán lugar á esa general benevolencia que se extiende á todos los hi-

jos de una misma patria; que respeta los dones concedidos por Dios, donde y como quiera que los haya repartido; que hace en fin que el hombre, encuéntrese en el rango en que se encuentre de la escala social, trate de honrar su clase en vez de tener envidia á la posición de los otros.

Las mismas autoridades naturales... ¿podré decirlo sin dolor? las que Dios mismo ha creado instituyendo la familia, parecen hoy ménos respetadas de lo que debieran ser. Antiguamente los niños sin dejar de amar á sus padres, los temían, y bajo la salvaguardia de la obediencia filial se conservaban el temor de Dios, la santidad de las costumbres y el respeto á las leyes. ¿Sucede lo mismo hoy día?

Sí, prodigando vuestros cuidados, vuestras exhortaciones, vuestros esfuerzos, conseguís reanimar este fuego sagrado allí donde parezca próximo á extinguirse, si los discípulos á quienes hayáis educado conservan hasta el último momento una tierna y respetuosa condescendencia para la autoridad paternal, ¡oh Anatolio! no habrá á mano de los hombres recompensa alguna que de vos sea digna; ni hay tampoco quien dignamente pueda pagaros, sino Dios y vuestra conciencia.

CAPÍTULO XVII.

DE LOS ACONTECIMIENTOS PRÓSPEROS Y DE LOS ADVERSOS.

Hay veces en que el maestro es en todo afortunado: la docilidad de los niños, la sabia cooperación de los padres de familia, el buen espíritu que anima al pueblo, todo, todo siembra de hermosas flores, y allana y embellece su espinosísima carrera.

Cuando no haya cosa, Anatolio, que no parezca son-

reiros, y coronen los resultados vuestros esfuerzos, agradecédselo á la Divina Providencia; pero pedidle al mismo tiempo nuevas fuerzas.

Porque habeis de saber que los buenos resultados inspiran con frecuencia á los maestros jóvenes una seguridad que les puede ser fatal. Atribuyen á su propio mérito lo que no es debido la mayor parte de las veces sino á una favorable reunion de circunstancias. Se echan á descansar en la confianza que se inspiran á sí mismos. No se creen necesitados de consejos, ni guia, y se extravian bien pronto.

Además, cuando se acierta, no ve uno al rededor de sí otra cosa que semblantes risueños, recibíendose de todos y sin cesar felicitaciones: hasta la misma malevolencia corre á ocultarse; ó bien, para luego dirigir mas acertadamente sus tiros, aplaude tambien y adula.

Distinguid bien, Anatolio, quanto en los buenos resultados pueda haber de casual y peligroso. Sed vos mismo vuestro mas severo censor. Aun cuando seais generalmente reconocido como un maestro hábil, concienzudo, irreprochable, emplead los mismos esfuerzos, igual trabajo, que si fuerais un maestro novicio, cuya reputacion y cuyo porvenir se hallasen á disposicion del primero que llegára.

Gracias á esta inquieta atencion sobre vos mismo, vuestra prosperidad será duradera, ó bien, si algun inesperado acontecimiento la viniese á turbar, descansaréis en la tranquilidad de vuestra conciencia.

Redoblad sobre todo vuestro celo si llegais á merecer que se os conceda alguna distincion honorífica. No la atribuyais á vuestro mérito, sino á la benevolencia de vuestros gefes. Miradla al ménos como una recompensa por lo que habeis hecho, y como un estímulo para hacerlo aun mejor en adelante. Pensad en que, cuando se os haya concedido una posicion excepcional ó superior á la de vuestros competidores, os hallais en la absoluta necesidad

de conservarla , trabajando mas y trabajando mejor que estos .

Pero tanto cuanto os recomiendo que os sepais conservar modesto entre los felices ó brillantes resultados , os animo á que soportéis con valor las contrariedades y desgracias , inseparables casi siempre del ejercicio de vuestra profesion .

Estas contrariedades son bien amargas algunas veces , vuestras intenciones no se comprenden , vuestros esfuerzos no se secundan , la autoridad os abandona , los padres os contrarian , los niños son indiferentes y aun se rebelan contra vuestros cuidados . Trabajais incesantemente , y no adelantais cosa alguna ; sois de fuego , y no encontrais sino hielo á vuestro rededor . Os preguntais todas las noches , todas las semanas , todos los meses : « ¿ Qué he adelantado ? » y vuestra conciencia os responde con dolor : « Nada . »

Esto es sin duda muy penoso , pero guardaos cuidadosamente de desesperar . La desesperacion proviene siempre ó de un espíritu pobre ó de debilidad del alma ; la desesperacion quita al maestro toda la energía que le es absolutamente indispensable , y le encierra en un círculo fatal de que no le será posible ya salir . Se desanima porque no acierta , y no puede acertar porque está desanimado .

No hay cosa alguna que una voluntad firme no pueda llevar á cabo ; la perseverancia obtiene la palma siempre . A fuerza de paciencia y de valor disipareis las prevenciones , llegaréis á vencer las malas voluntades ; y cuanto mas os haya costado vuestro triunfo , tanta mayor honra os ganará .

Acaso os está reservada una prueba mas dura todavía .

Hay veces en que bajo ligerísimos pretextos , extraños con frecuencia á los deberes del profesorado , una parte de los habitantes del pueblo declara al maestro una guerra injusta .

La malignidad de sus enemigos suele rayar en furor. Inducen á las personas pacíficas, por toda especie de medios, á que se asocien á sus complots, y se declaren en hostilidad abierta contra quien preste proteccion al maestro. La discordia hace progresos todos los dias. Los amigos, los vecinos y hasta los parientes suelen enemistarse. Se cruzan invectivas de una y otra parte, son propagadas por la murmuracion, y la calumnia las envenena. No hay cosa que no se invente, ni resorte que deje de tocarse. Para hacer creer que el maestro ha perdido la confianza de las familias, no tienen los padres inconveniente en enviar sus hijos, aunque sea en el rigor del invierno y atollando barro y nieves, á una escuela bien distante. Se escudriña ó se calumnia su pasado para destruir su porvenir. Un ligero movimiento de vivacidad, olvidado despues de veinte años, se representa y pinta como una accion de ferocidad salvaje, y los actos más inocentes llegan á ser objeto de las más graves inculpaciones.

En semejante estado de irritacion, la conducta del maestro, sea la que quiera, siempre encuentra censores: obra mal si calla, y si habla hace mal. Si trata de defenderse, se quejan coléricos sus enemigos, como si fuera él quien atacase, si en lugar de defenderse permanece tranquilo, fiándolo todo á la justicia del Gobernador ó de la Junta provincial, se saca la consecuencia de que reconoce su culpa, y de que es su silencio una explícita confesion. Se le acusa de todo el ruido originado por sus perseguidores, y del desórden que han levantado para perderle. «Es increíble, dicen, que esté todo el pueblo hecho un infierno por culpa de un solo hombre.» Si se reconoce la inocencia del maestro por sus jueces, es acogida semejante decision con furibundos gritos y exclamaciones, y no se pierde la esperanza de que á fuerza de repetir las denuncias, se acabará por conseguir el triunfo.

A semejantes ataques, Anatolio, debeis oponer una paciencia y una dulzura inalterables. Pero, ¿qué hacer si

se prolongan? Persistiréis en continuar en un pueblo, donde es vuestra presencia una incesante causa de divisiones?... Hay casos en que debéis absolutamente continuar. Ceder cuando vuestra moralidad sea atacada por la calumnia, seria un acto de debilidad; dabais á entender con ello que os reconociais culpable. Pero si no se trata de otra cosa que de inculpabilidad de caractéres, y si amigos de buen criterio os aconsejan que cedais á las circunstancias, seguid sin inconveniente su opinion: pedid á la autoridad que os coloque en otro pueblo, donde pueda conciliarse vuestro reposo con el cumplimiento de vuestros deberes.

Es sin duda costoso el renunciar á honrosas relaciones, separarse de personas á quienes se ama, ver como se disipan muchas dulces ilusiones que se forjaron para el porvenir: la separacion es cruel; mas, pasada la amargura del primer momento, se goza con las delicias de la calma que sucede á la tempestad: la nueva mansion que se ha escogido, se embellece con los encantos de la antigua, sin que los vengán á turbar pesares ni peligros.

Dios será con vos á donde quiera que vayais, si vuestra alma se conserva digna de su presencia. En cualquier parte en que el hombre de bien pueda ejercer con éxito una tarea honrosa, no permanece aislado. Su verdadera patria es aquella en que se sepa apreciar su virtud, y en que él pueda hacerla útil á los demás.

CAPITULO XVIII.

CONVENIENCIA DE RETIRARSE Á TIEMPO.



Por mucha que quiera ser vuestra aficion al magisterio, llegará acaso un dia en que debais voluntariamente renunciar á él.

Son indudablemente muy dichosos aquellos á quienes

la edad no debilita sus fuerzas, aquellos cuyo trabajo no tiene otro término que el de su misma vida. Pero no es dado á todos los hombres conservar hasta el último momento toda la energía de sus facultades. Las funciones de la enseñanza son infinitamente penosas; gastan muchas veces antes de tiempo las mas vigorosas constituciones, y el maestro por consecuencia puede sentirse agoviado por el fardo de la edad mucho antes que los otros hombres.

Cuando os apercebais de que no os es dable ejercer vuestras funciones, resignadlas si os es posible. No gasteis los recuerdos de un pasado honroso reclamando para el porvenir una indulgencia que probablemente os será negada. Ante la consideracion del deber, ha de callar toda otra.

La ley, desgraciadamente, no ha consignado todavía de un modo terminante que se os conceden derechos pasivos; pero hay muchas probabilidades para creer que disfrutaredes de este favor cuando la ancianidad llame á vuestras puertas. Si esto no sucede, no dejará como en el dia de ser potestativo á los ayuntamientos el acordarlos en beneficio de sus dependientes; y en tal caso, esperad que llegareis á obtenerlos si podeis alegar una vida sin tacha, empleada por completo en derramar el bien á manos llenas, en sembrar todas las virtudes, y entre ellas el agradecimiento, en el corazon de aquellas mismas personas cuyo voto necesitareis. Y por fin, si desde el dia en que deis principio á ejercer vuestro ministerio teneis presente que acaso no llegueis á disfrutar jubilacion, que es en la juventud cuando podemos prevenirnos contra los reveses de la vejez, que no hay familia alguna, y mucho menos la de un maestro, á quien sea necesario por medio de una vida laboriosa y ordenada conseguir algunos aborros, que debeis hacer estos productivos por medios lícitos y honrados, y que hay en España una *Sociedad de socorros mútuos* cuyo porvenir parece seguro; no tendreis una absoluta necesidad de que os venga á conceder un socorro para que

Por indubitablemente muy dichosos aquellos á quienes

UNIVERSIDAD DE HUELVA